

SERGIO VILLALOBOS

DEFICIENCIA DE LA HISTORIOGRAFIA
EUROPEA RELATIVA A AMERICA. EL CASO
DE LA FRONTERA EN CHILE

El océano sigue separándonos sin remedio a pesar de las becas, los congresos, los viajes y las conmemoraciones. Cada vez que se toma un libro europeo o norteamericano sobre el pasado americano se advierten errores, apreciaciones equivocadas y desconocimiento de la historiografía local, la antigua y la nueva.

Debe dejarse en claro, en todo caso, que ha habido obras muy importantes que han hecho aportes decisivos por la información que contienen, la visión global y el sentido de interpretación. Los nombres de Hamilton, Hanke, Jiménez Fernández, Ramos, Mörner, Konetzke y Chaunu, para mencionar sólo a unos pocos, son una buena prueba.

Pero vengamos a lo presente y al común de los mortales.

Siempre nos ha llamado la atención que en cuanto libro se publica sobre la Argentina colonial, en el infaltable mapa se le adjudica íntegra la Patagonia, desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes. Nadie reconoce que aquel espacio fue parte de la capitanía general y la república de Chile, desde la Conquista hasta 1881, en que un tratado de límites situó la línea divisoria en la cordillera de los Andes. Así fue determinado por las autoridades del Perú, desde el siglo XVI, las autoridades de Chile y una jurisdicción manifestada en hechos concretos. A mayor abundamiento, ello quedó implícito en las instrucciones dadas al primer virrey de Buenos Aires, don Pedro de Cevallos, y en el mapa de don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, que fue entregado al virrey para que se guiase en todas sus operaciones.

Podría pensarse que estos hechos se esconden en la erudición, pero la verdad es que fueron expuestos sistemática y claramente, sin dejar lugar a dudas, por el investigador chileno Carlos Morla Vicuña en su *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*, tratado publicado en 1903.

¡Hace noventa años que se le desconoce! y, como si fuese poco, se ignora a cuanto libro chileno —no pocos— se ha referido al tema.

La sorpresa de los investigadores europeos frente a la historiografía chilena, cuando llegan a conocerla, es abismante. Les resulta curioso que ya en 1844 comenzase a editarse en ocho tomos de texto y dos de documentos la *Historia física y política de Chile*, de Claudio Gay. Mayor es el asombro respecto de la *Historia jeneral de Chile*, de Diego Barros Arana, cuyos 16 tomos vieron la luz pública a partir de 1884 y que son admirables por la erudición, el desarrollo, el equilibrio del plan y la justeza del raciocinio. Si se considera que ella abarca sólo desde el Descubrimiento hasta 1833, se comprende la amplitud y la densidad de su información. Ningún país latinoamericano tiene una obra de esa dimensión y calidad.

Siempre dentro de la historia general, deben recordarse los veinte tomos de la *Historia de Chile*, de Francisco Antonio Encina, editados desde 1940. Todo esto sin contar la infinidad de monografías —algunas en varios tomos— de autores como José Toribio Medina, Crescente Errázuriz, Miguel Luis Amunátegui, Domingo Amunátegui, Gonzalo Bulnes, Ramón Sotomayor, Tomás Thayer Ojeda, Ricardo Donoso y tantos otros cuya mención alargaría mucho la lista.

Algunas de las 408 obras de José Toribio Medina, que cubren todo el continente, especialmente las relativas a la Inquisición, la imprenta, la bibliografía y los descubrimientos geográficos, suelen ser conocidas y utilizadas por los investigadores, a veces citándolas escasamente. Pocos reparan, no obstante, que muchas de esas obras son las más completas hasta el día de hoy. Basta pensar en los diez volúmenes de la Inquisición y los cinco relativos al descubrimiento del Pacífico por Balboa y Magallanes.

También se ignora que la Biblioteca Medina y la Biblioteca Barros Arana, que se conservan en la Biblioteca Nacional de Santiago, son tesoros inagotables de la bibliografía americanista, que incluyen probablemente el 60% de todo lo que se imprimió en Hispanoamérica durante el período colonial, sin contar la historiografía hasta mediados del siglo actual. En tal sentido, probablemente no tienen parangón en los países latinoamericanos ni en España, y sólo podrían compararse con la John Carter Brown Library de los Estados Unidos.

El desconocimiento de la historiografía chilena nos ha herido de cerca. El año 1968 publicamos *El comercio y la crisis colonial*, donde probamos, con acopio de documentos, que el tráfico, lejos de estar sujeto a un monopolio, estuvo rodeado de ciertas libertades, sin considerar el contrabando, y que fue tan intenso que de ahí derivaron los problemas económicos vividos en el Río de la Plata, el Perú y Chile. El mercado estuvo por lo general saturado en el siglo XVIII; hubo toda clase de contactos, aun con naciones lejanas, y de ahí surgieron las críticas y la oposición a la política aperturista de la Corona. Los

precios bajaban, el circulante se fugaba y los talleres locales se arruinaban por la competencia. La experiencia fue tan fatal para importantes círculos de intereses, que no resulta extraño que el pensamiento económico de los criollos hacia 1810 estuviese empapado por la posición mercantilista.

Desde entonces han pasado veinticinco años; el libro, bastante voluminoso, ha tenido dos ediciones, y en la historiografía europea sigue ignorándose-lo perfectamente. De vez en cuando algún autor cree haber descubierto uno de esos aspectos y lo señala con satisfacción, sin comprender que el tema es más amplio y significativo y que fue expuesto hace muchos años.

Las consideraciones anteriores nos han sido sugeridas por una nueva muestra de desconocimiento de la historiografía americana, en este caso chilena. Nos referimos a la aparición de *Les Araucans et la frontière dans l'histoire du Chili des origines au XIX^e siècle. Une épopée américaine*, de Jean-Pierre Blancpain, publicado en Frankfurt en 1990. Se trata de un volumen de 196 páginas que pretende analizar la proyección de la lucha contra los indios araucanos más allá de los hechos bélicos. Correspondería al concepto de historia de las fronteras, según entiende el autor.

Blancpain es bien conocido por su meritorio y extenso libro *Les allemands au Chili. 1816-1945*, editado en Alemania el año 1974, que con sus 1.160 páginas constituye un aporte fundamental y bien documentado. La nueva obra significa, sin embargo, un abrupto descenso por desconocimiento de la reciente historiografía chilena sobre el tema y una fuerte dosis de juicios precipitados.

Los planteamientos de Blancpain no corresponden exactamente a la historia de las fronteras en cuanto comprensión de un roce étnico cultural y la creación de una nueva realidad en un espacio determinado: un área fronteriza. Solamente es una exposición de algunos aspectos de la lucha y la forma de ocupación del territorio de la Araucanía, todo ello de manera general y superficial.

En los primeros capítulos, el investigador francés utiliza de manera persistente el tomo I de nuestra *Historia del pueblo chileno*, haciendo suyos los títulos de algunos capítulos y citándola con parsimonia. También acude a *Guerra y sociedad en Chile*, de Alvaro Jara, aunque es evidente que Jara se preocupó sólo de explicar el fenómeno hispánico, antecedentes y proyecciones sociales, porque desconocía el rico marco de la historia de las fronteras. La utilización de la *Historia de la civilización araucana*, de Tomás Guevara, también es intensa, habiéndose acogido tanto la información como las opiniones del estudioso indigenista.

En todo caso, el juicio de Blancpain sobre la historiografía general relativa a la Araucanía es despectiva y extiende su crítica a los textos escolares por la limitación de sus enfoques.

Al respecto, debemos manifestar nuestra sorpresa, dado que en algunos de ellos, de que somos autores, hemos desarrollado no sólo el primer contacto y la guerra, sino además los siguientes aspectos: fracaso relativo de la dominación, creación de una línea de frontera y de una guarnición profesional, logística, transformación guerrera de los araucanos, esclavitud de ellos, mestizaje, intercambio comercial, actividad misionera, transculturación, formas oficiales del contacto, colaboración de los "indios amigos", virtual desaparición de la guerra y desarrollo del contacto pacífico y, en fin, la integración final en el siglo XIX con la violencia y el despojo inevitables. Esos temas, que creemos más que suficientes, los desarrollamos en manuales publicados desde 1974 hasta el año en que Blancpain dio a la luz su trabajo. Son casi veinte años enseñando a los estudiantes chilenos y al público corriente que en la Araucanía no sólo hubo guerra.

Debemos ir más lejos aún. Si comparamos *Les araucans et la frontière dans l'histoire du Chili des origines au XIX^e siècle*, con la historiografía chilena de 1970 a 1990, el libro aludido constituye un franco retroceso.

Para una comparación ordenada, empezamos por el comienzo. Los estudios de carácter fronterizo se iniciaron con nuestro ensayo *Tres siglos y medio de vida fronteriza* y la monografía *Tipos fronterizos en el ejército de Arauco*. El primero plantea una visión de conjunto y con información positiva todos los temas esenciales en la vida de la Araucanía, que posteriormente diversos discípulos y también contradictores han venido desarrollando en investigaciones más específicas.

Los trabajos en referencia fueron publicados por la Universidad Católica de Chile el año 1982 en un volumen titulado *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, que reunió además, y por invitación nuestra, artículos de Carlos Aldunate, Horacio Zapater, Luz María Méndez y Carlos Bascuñán.

Entonces se produjo una ola de investigaciones fronterizas que en poco más de una década ha hecho aportes variados y de diferente peso.

Si nos reducimos únicamente a los libros, el cuadro es bastante significativo.

En orden cronológico, el primero es el de Arturo Leiva, *El primer avance en la Araucanía. Angol 1862*, editado en 1984 y que se refiere a la campaña militar que concluyó con la fundación de Angol. Es un estudio detallado de aquel fenómeno, que se mantiene dentro de la visión tradicional obsesionada por la guerra. No obstante que el autor es antropólogo, no captó la profundidad de las transformaciones culturales, sociales y económicas ocurridas en la Frontera desde los siglos anteriores. El mismo título del libro es erróneo debido a que prescinde de los muchos avances anteriores, exitosos o no, y, sobre todo, porque no considera los intensos contactos fronterizos y el hecho de que varios miles de chilenos ya estaban establecidos en la Araucanía. La verdad es que se trata del último avance, el que consolida oficialmente la situación.

Leiva no tomó en cuenta el planteamiento de las relaciones fronterizas y no tenía conocimiento de la historia de las fronteras como categoría conceptual.

El año siguiente, el sociólogo José Bengoa publicó *Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*, situándose en la misma falta de perspectiva de Leiva. Preocupado por razones ideológicas de la suerte desventurada de los araucanos y de la resistencia frente a los españoles y los chilenos, Bengoa se constituye en defensor de los nativos y se hace cargo de su epopeya, para describir, una vez más, su lucha y sus desgracias. La información es en general muy buena y también el análisis, pero el carácter reivindicativo ha perjudicado seriamente a la obra. Llevado de esa intención y por el estrecho contacto del autor con las agrupaciones araucanas y amistad con sus caciques y dirigentes, se ha identificado con sus luchas actuales y también con las antiguas. De ahí que haya dado un relieve notorio a los hechos violentos de la dominación, especialmente en el siglo XIX, y a la desesperada reacción de los indígenas. Bengoa no vacila en emplear las declaraciones orales actuales de los personajes mapuches, que están cargadas por el resentimiento y los recuerdos enfáticos y tremendos recibidos de antepasados en segunda o tercera generación, si no más, y que, por lo tanto, carecen de objetividad. En esas declaraciones sólo están presentes los hechos negativos y no otros aspectos que pudieron haber dado una imagen más completa y realista. Pensando bien las cosas, se trata del actual folclore araucano, con realidades y exageraciones, marcado por factores anímicos y con tono de leyenda. Un adecuado método debió haber situado esos relatos en un último capítulo sobre la imagen, el pensamiento o el discurso actual de los descendientes de araucanos y el empleo de tradiciones orales.

Negar las distintas formas de violencia en el pasado y la persistencia de una situación desmedrada en el pueblo araucano, sería una falta a la verdad; pero también lo es ignorar las formas de contacto pacífico que se desarrollaron desde mediados del siglo XVII en adelante, que crearon todo un sistema de relaciones del más profundo efecto. Tan profundo, que fue el factor que reblandeció la resistencia nativa y posibilitó gradualmente la integración. Digamos que la mezcla racial, el comercio la transculturación, operando durante tres siglos, fueron más eficaces que los arcabuces y los rifles.

Este es el hecho que Leiva y Bengoa desconocen, inclinándose por la visión superficial de un fenómeno simplemente guerrero, tradicional en la historia de Chile, y que simplifica u oculta la riqueza temática de la vida fronteriza.

En la posición de Bengoa se trasluce una intención de utilizar la historia como justificación para una acción política indigenista, produciéndose el fenómeno, frecuente en tales casos, de que la buena intención lleva a deformar el pasado. La historia pasa a ser un instrumento.

El esquema implícito es que el pueblo araucano fue sometido mediante una lucha implacable y terrible y que su resistencia fue admirable y tenaz. En consecuencia, ello debe ser la inspiración para reivindicar hoy día a los descendientes de los araucanos o, más propiamente hablando, a los mestizos que descienden de ellos en tercera, quinta o décima generación. Se procura, en consecuencia, ignorar todo lo que pudo haber significado aceptación, acomodo o complacencia con la dominación. No es tolerable que diversas reducciones colaborasen con los conquistadores, que surgiesen los "indios amigos", que luchaban contra sus hermanos, que les aprisionaban, junto con sus mujeres e hijos y los vendían como esclavos, que todos se sintiesen atraídos por los bienes de los conquistadores y se estableciese un próspero intercambio, que adecuó su economía y, en fin, que se desarrollase el mestizaje y hubiese una transferencia de costumbres y cultura.

Leiva y Bengoa han tomado su posición de manera deliberada, porque sus obras son posteriores a *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, que no citan ni consideran para nada. Posteriores también a la Quinta Jornada Indigenista, celebrada en la Universidad de Temuco en noviembre de 1983, donde ambos investigadores y nosotros debatimos el asunto con especial ahínco.

Definitivamente, Leiva y Bengoa están por la concepción tremendista de la frontera, que a estas alturas de la visión y el método resulta muy tradicional y conservadora.

Un nuevo libro se agregó al tratamiento de la frontera el año 1985, *Araucanía, temas de historia fronteriza*, editado por la Universidad de la Frontera, en Temuco, gracias a las gestiones del profesor Jorge Pinto, que nos invitó a actuar junto a él como editores. El volumen incluyó los siguientes trabajos: *Guerra y paz en la Araucanía. Periodificación*, de Sergio Villalobos R.; *El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica*, de Holdenis Casanova; *Parlamentos de paz en la guerra de Arauco (1612-1626)*, de Horacio Zapater; *La repoblación de Osorno*, de Luis Alberto Carreño Palma, y *El bandolerismo en la frontera (1880-1920)*, de Jorge Pinto Rodríguez.

En conjunto, esas investigaciones representan un mejor esclarecimiento o nuevos temas sobre el quehacer fronterizo.

Una obra de carácter tradicional fue impresa en 1986 por la Editorial Antártica, *Y así nació la frontera*, de Ricardo Ferrando Keun. Corresponde a la épica provinciana, una crónica sobre la guerra y la ocupación militar, escrita con entusiasmo, pero que no entra en los grandes temas explicativos. El autor no comprendió o no se interesó por los planteamientos renovadores de la historiografía de los años precedentes.

El caso es típico de personas que con excelente voluntad abordan un tema, pero que, por carecer de contacto con los estudiosos de la historia o los centros universitarios, equivocan el sentido de su trabajo.

Dos valiosas fuentes fueron publicadas los años 1986 y 1987 en sendos libros. La primera fue *Las colonias suizas de la Araucanía*, del pastor helvético Francisco Grin, dado a la estampa con un prólogo nuestro por el Grupo de Estudios Agrorregionales de la Academia de Humanismo Cristiano. La obra corresponde a un informe analítico sobre la situación de los inmigrantes suizos hacia 1888. Debemos consignar que Blancpain utilizó el libro en su primera edición de 1887 de Lausana.

El segundo impreso es la *Visita general de la Concepción y su obispado por Fray Pedro Angel de Espiñera, su meritisimo prelado (1765-1769)*, editado por el Instituto Profesional de Chillán, con estudio preliminar, transcripción y notas de Jorge Pinto Rodríguez. El documento no es otra cosa que el testimonio del escribano eclesiástico Joseph de la Sala, que contiene numerosos e interesantes detalles sobre la situación de iglesias y capillas en el área fronteriza.

Un meritorio estudio que comprueba la virtual inexistencia de guerra, avanzado el período colonial, es el de Holdenis Casanova, publicado en 1989, *Las rebeliones araucanas del siglo XVIII. Mito y realidad*, que en forma circunstanciada se refiere a los alzamientos de 1723 y 1766. El primero se debió al afán de los oficiales de monopolizar la venta de alcohol a los araucanos y el segundo al propósito gubernativo de agrupar en pueblos a los indígenas. Ambos motivos prueban, una vez más, que el contacto fronterizo era muy estrecho.

Por otro lado, la profesora Casanova confirma la apreciación, que ya habíamos formulado en *Tres siglos y medio de vida fronteriza*, de que las rebeliones mencionadas habían carecido de real importancia.

En 1988 la Universidad de la Frontera dio a la publicidad un nuevo volumen de carácter misceláneo, aunque circunscrito a la actividad evangelizadora: *Misioneros en la Araucanía, 1600-1990. Un capítulo de historia fronteriza en Chile*. Las investigaciones incluidas son: *Fronteras, misiones, y misioneros en Chile*, de Jorge Pinto Rodríguez; *Presencia franciscana en la Araucanía. Las misiones del Colegio de propaganda Fide de Chillán (1756-1818)*, de Holdenis Casanova Guarda; *Las misiones capuchinas de Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX (1848-1901)*, de Fr. Sergio Uribe Gutiérrez; *Relación del viaje y misión de los pehuenches. 1758*, por Fray Pedro Angel de Espiñera; *Relación de la misión ambulante que el jesuita p. Bernardo Havestadt realizó en 1751-1752 en las regiones de Malleco y Neuquén*, por Mauro Matthei, y *Relación histórica de las misiones capuchinas en la Araucanía*, de Fortunato de Drena.

Continuando con el orden cronológico, sigue nuestro libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*, editado por la Universidad Católica de Chile en 1989. En él nos propusimos describir la actuación de la etnia pehuenche, sus transforma-

ciones y adaptación a la influencia hispanocriolla, como la adopción del caballo y el establecimiento del comercio, que les llevó de las resistencia inicial a una útil alianza en el siglo XVIII, sobre la base de un frente común contra etnias enemigas, incluidos los araucanos y los huilliches de las pampas al oriente de los Andes. Bajo esas condiciones, la actuación de los pehuenches en las pampas, les llevó, en buena y mala compañía de chilenos, a incursionar hasta las cercanías de Mendoza y de Buenos Aires.

El caso de los pehuenches, de quienes era poquísimo lo que se sabía, creemos que es un ejemplo clarísimo de las relaciones fronterizas y de la tesis que hemos venido sosteniendo.

Tales son las obras aparecidas hasta el momento de la publicación del libro de Blancpain. Habrá que estar de acuerdo que no son pocas y, lo más importante, que han cambiado por completo la visión histórica sobre la Araucanía. No se podía ignorarlas.

Debería agregarse todavía la publicación de revistas especializadas de Chile y del extranjero, que comentaron las obras indicadas o desarrollaron temas complementarios.

Con el objeto de no dejar incompleto el cuadro de la historiografía fronteriza de la Araucanía, mencionaremos los libros impresos con posterioridad a 1990.

Una nueva contribución de la Universidad de la Frontera fue realizada el año 1991 mediante la aparición de *Misticismo y violencia en la temprana evangelización de Chile*, que incluyó las siguientes investigaciones: *Entre el pecado y la virtud*, de Jorge Pinto; *El Evangelio, el imperio español y la opresión contra [sic] los mapuches*, de Maximiliano Salinas C., y *Guerra y aculturación en la Araucanía*, de Rolf Förster G.

La Universidad de la Frontera, en conjunto con el Centro Ecuménico Diego de Medellín, contribuyó el mismo año 1991 con una fuente valiosa, aunque parcial, *Seis misioneros en la frontera mapuche*. El volumen incluye seis biografías de sacerdotes jesuitas, seleccionadas de las que escribiese el padre Diego de Rosales en el siglo XVII en su "Conquista espiritual del reino de Chile", que permanece inédita en la Biblioteca Nacional de Chile.

El mismo año 1991 apareció el libro de Leonardo León Solís, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las pampas, 1700-1800*, bajo el auspicio de la Universidad de la Frontera. El autor realizó su estudio durante una larga estancia en Inglaterra, contando con documentos obtenidos en el Archivo General de Indias de Sevilla. Los vocablos *maloqueros* y *conchavadores* se refieren a los indígenas que participaban en *malocas* o ataques contra sus enemigos y a los que efectuaban *conchavo* o trueque de especies. León no se refiere a tipos humanos diferenciados, sino a las parcialidades indígenas que vivían en las

fronteras a ambos lados de la cordillera de los Andes y que participaban indistintamente en una u otra actividad según las circunstancias.

El principal mérito de la obra es haber profundizado en los vínculos que existieron entre la frontera de la Araucanía y la de allende la cordillera.

España también se ha hecho presente en el tema de la Araucanía a través de la reedición de dos trabajos en un volumen de carácter más amplio, *Estudios (nuevos y viejos) sobre la Frontera*, publicado por el Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, año 1991. Las investigaciones a que aludimos son *Tres siglos y medio de vida fronteriza chilena*, que corresponde al estudio que incluimos en *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, del año 1982, y a la monografía de Juan Eduardo Vargas, *Financiamiento del Ejército en Chile en el siglo XVII*, que viera la luz pública por primera vez en 1984 en la revista *Historia* de la Universidad Católica de Chile.

El año 1992 el antropólogo Horacio Zapater publicó *La búsqueda de la paz en la Guerra de Arauco: Padre Luis de Valdivia*, Editorial Andrés Bello. Abordó en ese libro un tema que ha estudiado desde hace tiempo, procurando aclarar el verdadero sentido misionero y pacifista que guió al jesuita y a su plan de la Guerra Defensiva.

El mismo año el profesor y antropólogo Mario Orellana dio a las prensas *Historia y antropología de la isla de la Laja* (Editorial Universitaria, 1992), que abunda en el tema de los pehuenches, profundizando en algunos aspectos de su existencia y en la ocupación del territorio mediante la erección de fuertes. Un capítulo final se refiere a la situación actual de las agrupaciones que se dicen pehuenches.

En 1993 la Biblioteca Nacional de Chile, a través de su Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, editó *Los indios amigos en la Araucanía*, de nuestra discípula Andrea Ruiz-Esquide. Se trata de una monografía que estudia en detalle la colaboración que prestaron a las fuerzas hispanochilenas diversas reducciones araucanas, tanto en algunos tipos de trabajo como en la lucha con sus hermanos de sangre.

Simultáneamente, en España, la Editorial MAPFRE publicó nuestro libro *La vida fronteriza en Chile*, que trata de dos áreas completamente distintas, el desierto de Tarapacá en el norte del país y la Araucanía. Esta última parte es una ampliación considerable y documentada de *Tres siglos y medio de historia fronteriza*, en que se especifican mejor todos los aspectos del tema, superando el carácter de ensayo del escrito inicial de 1982.

En la enumeración precedente no se han incluido obras relativas a la Araucanía que tratan temas históricos, pero que no tienen relación con el sentido propiamente fronterizo.

Después de este recuento que, insistimos, ha prescindido de numerosas investigaciones insertas en revistas de historia y antropología, debemos volver al libro de Jean-Pierre Blancpain.

El carácter general de la obra es de una síntesis que pretende entregar nuevos elementos de análisis para renovar la interpretación sobre la dominación en la Araucanía. Sin embargo, no hay propiamente un avance en la investigación, porque la información proviene de obras bien conocidas y de las viejas crónicas. Muy escasos son los documentos impresos o de archivos.

A quien conozca medianamente el tema de la Araucanía, le será difícil encontrar información nueva. Tropezará, además, con hechos o instituciones que no han sido comprendidos en su sentido real; así ocurre, por ejemplo, con los indios amigos, la encomienda y los parlamentos, que son presentados con espíritu ligero.

La obra del investigador francés es aún más discutible cuando entra en el período republicano, que es enfocado de la manera más negativa y con apreciaciones críticas constantes. En análisis de este tipo, nos parece que debe partirse de un hecho universal en todo sometimiento de un pueblo: que es un proceso violento e irregular, sujeto a improvisaciones y abusos, muchas veces de gran entidad. Como dijo un historiador, ninguna conquista ha sido realizada por ángeles.

El error inicial de Blancpain es no haber sopesado en forma adecuada que hacia mediados del siglo XIX el territorio de los araucanos, en su sector septentrional, estaba virtualmente incorporado a la cultura, la economía y las tareas de los chilenos. Refiriéndose al distrito del Golfo de Arauco, el estudio galo indica que sus indígenas eran numerosos, prósperos y apacibles y que admitían los ejes de comunicación norte-sur, entre Concepción y Valdivia, utilizados por los comerciantes y los tratantes de ganados. Ellos toleran también la instalación progresiva y precaria de chilenos pobres o de mestizos en tierras que controlaban mal.

Esa es una verdad a medias, porque las cosas eran más complejas y se encontraban muy avanzadas, al punto de que ya estaban por concluir las características fronterizas en esas localidades. En *Tres siglos y medio de vida fronteriza* escribimos, hace veintidós años, que en 1837 se había iniciado la minería del carbón en el litoral de Arauco y que algunos empresarios habían adquirido tierras a los caciques para realizar sus faenas. Por entonces se desató una "fiebre del carbón" y acudieron nuevos empresarios, que crearon establecimientos en varios lugares, favorecidos por el uso del vapor como energía en los ferrocarriles, los barcos y otras maquinarias. Agregábamos entonces que "al promediar la década de 1850 ya existían en Lota una fundición de cobre, una fábrica de ladrillos y un muelle, que daban una vida muy animada al puerto. Paralelamente, la demanda de alimentos había inducido a una ocupa-

ción y explotación más intensa de la comarca. Los mismos indígenas participaban en el suministro de productos agrícolas y ganaderos, los mestizos se empleaban en las faenas y algunos empresarios extraían grandes cantidades de madera de los bosques vecinos”.

El cuadro, según se ve, era muy distinto al de unos indios prósperos y apacibles, que dejaban pasar ganados y toleraban a unos mestizos pobres. Está claro que la Revolución Industrial con sus trabajos sistemáticos y su ordenamiento se había introducido en el ámbito costero señalado.

El resto de la Araucanía se encontraba traspasado por la acción de mercaderes y buhoneros, el establecimiento de algunos miles de colonos y aventureros, la acción de los capitanes de amigos y, en fin, el trato con las autoridades.

Es por tales circunstancias que, no obstante una resistencia por momentos tenaz y heroica, la integración final estaba en marcha y que la imposición final era cuestión de algunas campañas decisivas.

Blancpain se refiere a algunos de esos aspectos y comprende que la cultura de los indígenas había cambiado, pero no alcanza a interpretar el sentido fundamental de esa situación. En cambio, enfatiza los abusos de que fueron víctima los nativos y no da la debida importancia a la protección de la ley, por más que fuese insuficiente y se la burlase a menudo. Tampoco otorga importancia a la reserva de tierras para las parcialidades indígenas y la protección de ese derecho mediante numerosas leyes y decretos que perfeccionaron el sistema para evitar los engaños y el vicio en los procedimientos.

Siempre que se trata del imperio de la ley, el estudioso del pasado debe plantearse cómo habría sido la situación sin sus disposiciones y si, después de todo, no hubo una eficacia relativa. El mismo Blancpain, que insiste en el despojo de la tierra, indica que hasta 1894 se había rematado a particulares una cantidad de 910.126 hectáreas y que en 1928 las reducciones aborígenes retenían el dominio sobre 503.000 hectáreas. Ello debido a la ley y a pesar de los protectores, los jueces y los tinterillos, a quienes se critica duramente.

Ese resultado, después de todo, no parece ser tan malo si se considera el escaso número de la población araucana, la emigración a otras localidades, el empleo asalariado en otras faenas y el hecho de que se había abandonado la caza y recolección en vastas áreas para concentrarse en tierras trabajadas con mayor intensidad, a pesar de la técnica aún rudimentaria.

En estas y otras materias, nadie puede desconocer que hubo una intención ordenadora y que en ella se empeñaron los estadistas de Santiago y las autoridades locales, sin que dejase de haber muchos episodios oscuros.

El autor carga las tintas en exceso en todo lo referente a la actuación oficial, hasta crear una imagen negativa unilateral que no se compadece con la realidad fronteriza. En caso de seguir su parecer, todo habría sido desorden, improvisación, desmanes e injusticias, como si la caja de Pandora hubiese

derramado su contenido en las tierras araucanas. Resulta, de ese modo, incomprensible el proceso constructivo de una nueva realidad, con su dosis inevitable de destrucción, y que al final la colonización fuese un éxito.

Blancpain conoce la historia de Chile y sabe que en los círculos dirigentes siempre hubo seriedad y responsabilidad y que su administración pública había sido un modelo de rectitud. Puede ser que se hayan cometido errores, inevitables en cualquier gestión pública, y que en ocasiones los intereses de grupo se inmiscuyesen en las orientaciones políticas, pero no puede negarse que por lo general un sentido superior de servicio ha dirigido sus acciones.

Respecto de la Araucanía, no podemos entender que en la práctica la actuación de algunos funcionarios fuese completamente correcta, y menos en un ámbito fronterizo, sujeto a todas las perversidades humanas, pero de ahí al cuadro pintado por Blancpain hay una diferencia grande. En el peor de los casos, y cediendo mucho a su imaginación, debió distinguir matices.

El capítulo referente a la colonización extranjera, en que participaron suizos, alemanes, franceses, españoles e italianos, es uno de los más críticos en la obra del investigador francés. Mala organización, incapacidad, administración lenta e ineficaz y falta de ayuda, son los problemas en que insiste hasta el cansancio, sin reconocer que en medio de un territorio bravío, con naturaleza difícil, estaba todo por hacerse y que la administración extendió sus funciones de apoyo salvando grandes tropiezos naturales, humanos y financieros. Hubo que comenzar por reparar huellas, construir caminos y puentes, extender el ferrocarril, prolongar el telégrafo, construir hospitales y acondicionar algunos locales para recibir a los inmigrantes. Agreguemos oficinas públicas, cuarteles y oficinas, para mencionar la infraestructura material.

Todavía puede recordarse que el Estado adjudicaba las tierras, en cada caso, según los componentes de la familia; recibía a los colonos y los conducía hasta el lugar respectivo, los alojaba provisoriamente, les paga una mesada durante el primer año, les proporcionaba atención hospitalaria y les entregaba una yunta de bueyes, semillas, cierta cantidad de tablas y un barrilito de clavos.

Para fundamentar sus críticas, Blancpain se basa en gran medida en el testimonio del pastor Francisco Grin, suizo inteligente y perceptivo, que fue enviado a la Araucanía por el gobierno de la Confederación Helvética con la misión reservada de informar sobre la situación de los colonos de esa nacionalidad. Hasta Suiza habían llegado noticias alarmantes sobre el descuido y el abandono en que se encontraban y el maltrato recibido.

Grin llegó prejuiciado, pero en el terreno comprobó que muchas de las acusaciones eran falsas y que gran parte de la responsabilidad era de sus propios connacionales.

Blancpain, con mucha presteza, acoge las opiniones negativas del pastor y no repara en aquellas que eran favorables a la administración fronteriza y a las condiciones del país. Sólo vio los tropiezos y calamidades y no atendió al juicio global del suizo en las últimas páginas de su informe: "La situación de nuestros compatriotas en Chile, tal como se desprende de las páginas anteriores, ha podido parecer al lector como de las más envidiables. Lo es, en efecto, en ciertos aspectos. La fidelidad de los compromisos [oficiales], un suelo excelente, un admirable clima, una región encantadora, un mercado asegurado para los productos —son éstas valiosas ventajas, sin duda. Y esto, hasta el extremo de que entre todos los países de colonización que yo he visto, y he visto muchos, éste me parece el más digno de ser aconsejado".

A cada paso de su recorrido por la comarca de colonización, Grin encontró una situación invariable: algunos colonos esforzados, que a pesar de los contratiempos y con duro esfuerzo, al cabo de tres años comenzaban a ver la prosperidad, y otros, no pocos, que por la ebriedad, la haraganería y desconocer los oficios, padecían en la miseria o se les había quitado su concesión de tierras por motivos más que justificados. Estos eran los que se quejaban de todo y hacían correr negras opiniones.

Uno de los muchos casos puede servir de ejemplo. Se trata del señor Jaray, que con palabras firmes expresó al pastor: "¡Se escuchan las quejas de individuos que jamás han sido otra cosa que haraganes, y que han venido acá con la esperanza de poder flojear a sus anchas! El que se queja es un flojo, es todo lo que puedo decirle. Es cierto que debemos trabajar mucho, pero en todas partes hay que esforzarse para triunfar en la vida. La administración es generosa. Me ha dado semillas dos veces; me cambiaron mis bueyes que eran malos. Otros han recibido favores análogos".

Las expresiones del colono no pueden ser más claras y se confirman con otras semejantes que Blancpain debió tener en cuenta.

Les araucans et la frontière dans l'histoire du Chili fue comentada someramente por el señor Carlos Lázaro Avila en el número 192 de la *Revista de Indias* correspondiente a 1991. Su artículo no es más que una presentación de la obra, juzgada en términos más o menos elogiosos; pero no se le escapó que en ella se ignoraban algunos aportes de la historiografía chilena moderna, concretamente los de Leonardo León y de Horacio Zapater. Según hemos visto, la renovación historiográfica ha sido mucho más profunda y no debió entrarse a evaluar un libro sobre el tema fronterizo sin un adecuado conocimiento.

Este último punto nos trae a otra cuestión: la ligereza con que se comentan en las revistas especializadas de Europa y los Estados Unidos los libros referentes a América, materia sobre la cual hay ejemplos sobresalientes. En

una revista de recuento bibliográfico se registró la aparición de la obra de James Lockhart referente a la hueste de Pizarro, *The Men of Cajamarca*, anotando con desenfado que era un valioso estudio sobre los hombres de la ciudad de Cajamarca y que hubiera sido interesante incluir también a las mujeres de la ciudad.

Miradas las cosas desde América, se nos antoja que en la historiografía también hay una insoportable levedad.